

ALFREDO FERREIRA Y EL POSITIVISMO ARGENTINO

por LUIS ADOLFO DOZO

El filósofo panameño Ricaurte Soler, en una de las obras más recientes publicadas en nuestro país (1968) sobre el Positivismo Argentino, bajo este título, realizando un estudio preferentemente sociológico y filosófico del mismo, apuntaba una afirmación que tiene perfecta actualidad y puede servir de introductoria en nuestra conferencia¹: “La historia misma inmanente, del pensamiento argentino, y en particular del *positivismo argentino* no se encuentra todavía suficientemente estudiada. Muchas de las interpretaciones adelantadas hasta el presente son incorrectas. Este trabajo es el primero que intenta, a través de la erudición indispensable, ofrecer una visión del pensamiento positivista argentino, en lo que él tiene de característico, desde el punto de vista de la teoría filosófica y sociológica”. En verdad, resulta difícil, a través del material historiográfico y filosófico con que contamos, reconocer las implicaciones totales del movimiento positivista argentino, porque como bien destaca Soler, escasean los estudios económicos, sociales y políticos en la época de su mayor vigencia, porque no hay ninguno que afronte exhaustivamente su significación pedagógica y porque los investigadores del pensamiento argentino no coinciden todavía sobre la ubicación cronológica de este movimiento, en sus distintas fases, como se reconoce perfectamente si nos atenemos a algunos de los criterios más autorizados sobre su periodización y valor ideológico.

1. — Conferencia pronunciada en la Sala Payró (Bahía Blanca), el 22 de octubre de 1969, auspiciada por la Dirección Gral. de Cultura de Bahía Blanca.

En Alejandro Korn (1860-1936) cuyo pensamiento acusa todavía algunos rasgos positivistas —a pesar de su esfuerzo por superarlo— encontramos el primer intento argentino sistemático de periodización del pensamiento argentino, de ubicación y explicación del positivismo. Coincide aproximadamente con el de Coriolano Alberini (1886-1960), que es precisamente su rectificación. Ambos filosofaron desde nuestra propia circunstancia —podríamos decir, recordando a Ortega— asumiendo el aporte de la cultura europea, pero asimilándose desde la perspectiva nacional. Y ambos pugnaron por superar el positivismo, que eclosionaba en nuestro país, cuando vivía su ocaso en Europa. Fuerza es decir que lo consiguieron doctrinariamente, aunque el esfuerzo haya tenido que proseguirse y aunque haya quienes, aún actualmente, piensen —con un claro afán de revivirlo— que la educación y el pensamiento argentinos equivocaron sus caminos al alejarse del positivismo ya que, como sostiene Gustavo Cirigliano en *“Educación y futuro”*, (pág. 47), “toda la educación argentina es de base positivista. Sólo lo que se entronque o enlace con el positivismo de cualquier tipo puede hacer funcionar nuestra educación, convertirla en operante o viviente. Lo que no esté en esa línea, que es su corriente sanguínea, la paraliza en lugar de reactivarla”. La gratuidad de afirmaciones como ésta llama la atención, cuando emanan de un alto exponente de la filosofía de la educación argentina de nuestro tiempo y cuando el mismo autor, en el libro citado (pág. 17) reconoce la falta de investigaciones actualizadas sobre el positivismo argentino: “...insinuamos —dice— lo urgente que sería un estudio a fondo del positivismo en nuestro país, ya que es muy citado y poco conocido en lo que tiene de importante...” El apriorismo de su planteo anterior, se contrapone con el afán incitador del último párrafo. Y creemos que éste es el auténticamente verdadero y razonable.

ALEJANDRO KORN. FRANCISCO ROMERO.—

Para Alejandro Korn, frente al utópico trasplante de una filosofía superada en Europa —la de Comte y Spencer— hay en la Argentina, en la historia de su desenvolvimiento filosófico, un “positivismo autóctono”, cuya fuente debe buscarse en los hombres de la Organización Nacional, y de ahí que Korn distinga tres (3) etapas en el positivismo argentino: (Influencias filosóficas en la evolución nacional):

1) El llamado por Korn "Positivismo en acción", fruto de la obra de los "proscriptos", con Sarmiento y Alberdi en su frente educativo y político respectivamente y continuada ejemplarmente por Mitre, en quien la espada y la pluma se subordinaron al ideal moral de la Nación, justamente estimado por Ferreira como el "genio moral argentino". Refiriéndose a estos hombres Korn sostiene: "El positivismo argentino es de origen autóctono, sólo este hecho explica su arraigo.

"Fue expresión de una voluntad colectiva. Si con mayor claridad y eficacia le dio forma Alberdi, no fue su credo personal. Toda la emigración lo profesaba, todo el país lo aceptó. La constitución política fue su fruto, la evolución económica se ajustó a sus moldes". A esta etapa pertenecen también Florencio Varela, Vélez Sársfield y Avellaneda.

2) La segunda etapa positivista está representada por hombres "nacidos poco antes o después de Caseros", en gran parte, universitarios, que no aportan mayores cambios ideológicos, aunque se orienten pragmáticamente hacia la vida pública. Hombres de gobierno, con fácil oratoria y habilidades periodísticas. A ellos se opone la figura del francés argentinizado Paul Groussac, que trasciende el cientificismo naturalista que germinaba ya en los positivistas, para mostrar un saber hecho cultura, rebelde a las frases huecas, capaz de interpretar la historia sin mecanizarla, desde un ángulo espiritual. En el grupo ya mencionado, sólo el Dr. José María Zuviría, se presenta para Korn como excepción, aunque no pueda desprenderse del fermento positivista, que entra en conflicto con su catolicismo y honestidad.

3) La tercera etapa está formada por "los hombres del 80", que cuenta con universitarios de prestigio: Nicolás Matienzo, Juan Agustín García, Rodolfo Rivarola, Norberto Piñero, Ernesto Quesada, José María Ramos Mejía, Emilio y Adolfo Mitre entre otros. En ellos prendió el virus spenceriano, junto a la admiración por la cultura europea. Fueron, esencialmente, hombres de gabinete. El foco normalista de esta generación quedó centralizado en el movimiento educacional iniciado por los hombres de la Escuela Normal de Paraná en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata —después Fac. de Hum. y Ciencias de la Educación—: Víctor Mercante, Leopoldo Herrera, Alejandro Carbó, Rodolfo Senet y Alfredo Ferreira fueron sus pioneros indis-

cutibles. Aunque para Korn, "el positivismo ya era un hecho— dado el origen que le asigna— cuando los hombres del 80 "juzgaron necesario apoyarlo en el ejemplo europeo".

Uno de los discípulos más fervorosos de Alejandro Korn, me refiero a Francisco Romero, sostiene y desarrolla su punto de vista, explícito en su trabajo "*Sobre la filosofía en América*" incluyendo entre el positivismo vernáculo y el positivismo europeo, una influencia más, la de los Estados Unidos, a través de las maestras norteamericanas contratadas por Sarmiento y la personalidad de Horace Mann, cuya ética vital elogia Ferreira en sus "Ensayos de Ética". Romero culmina su análisis del positivismo con histórica valoración: "El positivismo ha muerto. La oportunidad de la agria polémica antipositivista ha pasado. Y va llegando la ocasión de la crítica serena y comprensiva, que juzgue principios y doctrinas, que tome en cuenta los valores duraderos, que estime la significación de sus hombres, muchos de los cuales unieron al ejercicio de las ideas una notable preocupación por el bien público, y de quienes ha recibido una contribución inolvidable el progreso intelectual y social del país".

CORIOLANO ALBERINI. - RODOLFO ACOGLIA.

Frente al planteo anterior, Alberini, de profunda formación académica universitaria, profesor en el sentido más justo del vocablo —sin "profesorismo", como gustaba decir— presenta un esquema distinto de la evolución del pensamiento argentino, que desarrolla en dos importantes trabajos: "*La filosofía alemana en la Argentina*" y "*La metafísica de Alberdi*". Su clasificación comprende 5 etapas fundamentales, con el surgimiento del Positivismo en la década que va del 70 al 80:

1) *Escolástica colonial*, en la que se destaca el pensamiento del argentino Chorroarín, influido por Santo Tomás y Francisco Suárez.

2) *El iluminismo argentino* (el Aufklärung o filosofía de las luces), la ideología acuñada en la Revolución Francesa, con Belgrano, Moreno y Rivadavia como expresiones más representativas, continuada por Alcorta, Agüero y Lafinur. Entra en crisis en 1830.

3) *El Romanticismo*, corriente historicista que involucra a los hombres de la organización Nacional, especialmente a Echeverría,

Alberdi, Sarmiento, Juan María Gutiérrez, Mitre, López..., influidos por Herder y su nueva concepción del progreso. (Recordar que Korn considera a estos hombres, Positivistas).

4) *El Positivismo*. Hacia 1870 ingresan Comte, Spencer y Haecel al país. Los Románticos reciben algo de esa influencia, aunque José María Ramos Mejía, es para Alberini la expresión más brillante de este momento. Ameghino y Carlos Octavio Bunge, se incorporan a esta corriente, influidos por Comte, Spencer y Le Dantec. El normalismo paranaense es su expresión pedagógica. Para Alberini, el Positivismo concluye en su forma "más anacrónica y ruidosa" con José Ingenieros y sus "Proposiciones sobre el porvenir de la filosofía".

5) *Reacción contra el positivismo* y surgimiento de una cultura filosófica pura. Hacia 1910 se inicia este renacimiento con el conocimiento de Kant, Renouvier, Meyerson, Bergson, Lachelier, Boutroux, Hamelin, Croce, Gentile y se consolida en 1916 con la llegada a la Argentina de José Ortega y Gasset. Según uno de sus discípulos predilectos, Rodolfo Mario Agoglia, quien comparte su periodización del pensamiento argentino, "Alberini contribuyó poderosamente a retomar los hilos más genuinos de la meditación filosófica argentina, centrada en el problema de nuestra misión cultural e histórica y a restituir así la continuidad del pensamiento nacional tras el hiatus representado por el *positivismo*, al cual aplicó una crítica demoleadora que siempre hay que entender en función de ese restablecimiento cultural. Esta nos parece —continúa Agoglia— una de sus contribuciones más perdurables, porque lo sitúa por encima de su tiempo y le confiere vigencia presente a sus ideas" (Coriolano Alberini en la Cultura y el Pensamiento Argentinos, en Rev. de Filosofía, 1963, Nº 12-13). Este enfoque del pensamiento argentino es exactamente antinómico con el de Gustavo Cirigliano, que considera antihistórica la reacción contra el positivismo, negándole significación. Para Alberini y Agoglia, es el Positivismo el que representa atraso y negación de los más altos valores culturales. Dos posiciones ideológicas en las que se vierte la dialéctica misma del pensamiento argentino contemporáneo, en busca de la síntesis, sin exclusiones anacrónicas.

Actualmente, el análisis más completo vinculado al problema de la periodización del Pensamiento Argentino lo ha realizado el

Profesor Diego Pró, en el *Anuario de Historia del Pensamiento Argentino*, que publica la Universidad Nacional de Cuyo, y tiene una peculiaridad: realiza la periodización con sentido estrictamente generacional: 1810, 1821, 1837, 1853, 1866, 1880, 1896, 1910, 1925. El método generacional permite descubrir, según Pró, “la estructura dinámica de la cultura argentina”. Con fuerte acento suscitador y prospectivo, enfatiza Pró: “Hay necesidad de crear una tradición en el pensamiento argentino, o mejor dicho, de tomar conciencia de esa tradición y no vivir con olvido de ella. Si cada generación desconoce la anterior o las anteriores, si reniega de lo que han hecho, si se las olvida, no hay manera de poseer una tradición de pensamiento y cultura... Dentro de nuestra propia cultura encontramos los antecedentes que muchas veces buscamos afuera”. Si bien no podemos aquí detenernos en cada uno de esos momentos generacionales, porque lo que nos interesa en esta introducción es mostrar a través de algunos criterios vertebrales, la ubicación y complejidad del *positivismo argentino* —ya presente en la cronología— debemos apuntar la distinción que en él introduce el Prof. Pró, de dos generaciones con profundas vinculaciones ideológicas, la de 1880 y la de 1896. Para Pró con la generación del 80 se introduce el positivismo en la Argentina. Comte y Spencer comienzan a influenciar la formación cultural argentina y la acción pedagógica. Junto a ellos se difunde también, la dirección naturalista del positivismo, el “evolucionismo biologista” de Lamarck, Haeckel y Darwin. La generación que promulga la ley de educación común 1420, es para Pró “una generación bifacética” porque junto a los positivistas perviven los católicos fieles a las ideas de Balmes. Sin embargo, políticamente, el ideal de la democracia liberal los reúne y unifica en sus propósitos. La generación de 1896, con hombres nacidos “alrededor de 1866” prolonga el cientificismo naturalista ya iniciado por Florentino Ameghino (1854-1906) en la generación anterior, pero le adjunta un matiz filosófico y religioso que unido al desarrollo de la psicología experimental y de la pedagogía positivista universitaria, le da sus características más salientes. Aquí podemos entroncar el pensamiento y la acción educativa de Alfredo Ferreira (1863-1938) que junto a Mercante, Senet, Carbó, Victoria y Pizurno configuran la base estructural de los nuevos ideales educativos argentinos. Entre los últimos positivistas, esta generación comprende la vida y el pensamiento de José Ingenieros— de neta corte evolu-

cionista y a Joaquín V. González, bajo cuyo impulso creador nació la Universidad Nacional de La Plata y desde donde se irradió la Pedagogía científica positivista.

ALFREDO FERREIRA (1863-1938)

Según Leopoldo Zea, estudioso del pensamiento hispanoamericano. Alfredo Ferreira es, no sólo el más destacado de los discípulos de Pedro Scalabrini, sino también el verdadero jefe del pensamiento positivista argentino, tal como lo manifiesta en "*Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*" (del Romanticismo al Positivismo). Podemos coincidir con esta afirmación, siempre, que al hablar de Ferreira, se incorpore al vocablo *positivismo* el calificativo de *comtiano* y que se lo entienda más que en su versión científicista —materialista o darwinista— en su significación filosófica y pedagógica, con una interpretación fundamentalmente personal de la doctrina de Comte, elaborado en pos de sus epígonos y teniendo en cuenta las peculiaridades nacionales en sus facetas políticas, sociales y morales. Su maestro, Scalabrini, Profesor en la Escuela Normal de Paraná, que llegó al país en 1868 y fue Director de la Escuela Normal de Esquina, en Corrientes —fundada por Alfredo Ferreira— es el verdadero introductor del *comtismo* en la Argentina, como lo atestigua su trabajo de 1888 "*Materialismo Darwinismo, Positivismo, diferencias y semejanzas*" —reeditado en 1967, en el Anuario de Historia del Pensamiento Argentino de Cuyo, T. III—, donde al hacer un análisis de las corrientes filosóficas y científicas argentinas en ese momento señala que el *materialismo* domina en la Facultad de Medicina de la Capital Federal, el *darwinismo* tiene su máximo desarrollo en el Museo de La Plata, con Francisco P. Moreno y Ameghino, pero el *positivismo*, "el último venido, no domina en ninguna parte" aunque se difundiera por la prensa y por intermedio de algunos jóvenes argentinos de talento. El esquema del conocimiento científico que presenta Scalabrini, tanto en este trabajo que cité, como en sus "*Cartas Científicas*" de 1887 —dirigidas al General Eduardo Racedo— repite la clasificación de las ciencias de Comte, en sus aplicaciones educativas: educación *matemática*, educ. *astronómica*, *física*, *química*, *biológica*, social —ya están las 6 disciplinas comtianas— a las que Scalabrini agrega la *educación moral*, que alcanzaría particular significación en el *posi-*

tivismo ético de Ferreira. Entre las obras más importantes de Comte citadas por Scalabrini en las "Cartas..." encontramos su "*Filosofía Positiva*", T. 3 y su "*Política Positiva*", T. 1. El estudio positivista de Scalabrini culmina en la Antropología porque ella resume en sí "todas las leyes físicas, naturales, intelectuales y morales" en el conocimiento del hombre. Estamos ya en la Argentina, en plena *Filosofía científica* de Comte, a través de las filosofías matemática, astronómica, física química, biológica y social y con una valoración de Comte en la *Carta Novena* (9) de Scalabrini que es el mejor testimonio histórico: "Comte es superior a Aristóteles y Descartes y es, por tanto, según nuestro modo de ver, el pensador más ilustre de la especie humana".

A Ferreira le tocará desarrollar al máximo, el positivismo así iniciado en la Argentina por Pedro Scalabrini. Por eso debemos preguntarnos ya: ¿Qué es el positivismo para Alfredo Ferreira, cómo lo recibe y difunde, cuáles son sus connotaciones más importantes? El mismo Ferreira nos contesta a través del órgano que eligiera para su difusión, me refiero a la Revista "La Escuela Positiva", fundada en Corrientes, en 1895, dirigida por él, y acompañado como redactor por Pedro Scalabrini. En la pág. 1, del primer número, de febrero de 1895, nos dice Ferreira: "El positivismo es la ciencia espiritualizada, sistematizada y generalizada. Fuera de la ciencia no hay nada, después de abrazar el arte y la industria ella puede llegar hasta predecir la aparición, de un grande hombre con el advenimiento de un acontecimiento social del futuro, como el paso de un cometa por el cielo. Los sistemas y teorías que no tienen por base los hechos y luego las leyes que a su vez son base de la ciencia, son vanas aspiraciones, sueños vagos, semejantes a las visiones místicas, que deben tenerse en cuenta, sin embargo, como productos cerebrales, para estudiar al hombre". La clave del dogma positivo está clara en la caracterización de Ferreira, porque la ciencia, los hechos y las leyes naturales serán el alfa y el omega de su credo, aspectos por los cuales se emparenta con el 1) materalismo y 2) darwinismo, aunque si nos mantuviéramos en el primero no rebasaríamos la visión cosmológica de la realidad y si permaneciéramos en Darwin, el positivismo sería sólo biologista y mecanicista, con el agravante de que la teoría de la selección natural en la lucha por la vida se revela inoperante en el terreno social y es necesario para Ferreira acudir a la selección artificial, inteligente, determinada por la evolución del pensamiento (ciencia), del senti-

miento (arte) y de la acción (industria), tal como lo expresa la síntesis comtiana. A través de la cosmología y la biología, es necesario alcanzar, la *Filosofía social*, como lo quería Comte. Newton, Darwin y Comte expresan respectivamente las leyes naturales de la piedra inerte, la célula y el hombre, pasando por los tres (3) estados comtianos de evolución de la humanidad, el *Teológico* (Bosuet), donde todo se explica por fuerzas sobrenaturales— infancia de la humanidad—, el *estado Metafísico* (Descartes), donde todavía se acude a entidades abstractas para captar los hechos y el estado *positivo* (Comte), que es para Ferreira “el régimen definitivo de la razón humana, donde el imperio de las leyes naturales abarca la realidad inorgánica, orgánica y social. El *ideal positivo* de coordinar la totalidad del saber humano, implica que la *Filosofía tiene* que transformarse en científica, y a su vez las ciencias, por abarcar el conjunto de los fenómenos universales, deben ser filosóficas. En ese sentido, la Metafísica cumplió históricamente un papel decisivo, aunque transitorio—, al demoler las religiones y reemplazar el régimen teológico, para abrir camino a la *ciencia positiva*, a la *Filosofía social*, basada en el *amor*, por principio, el *orden* por base y el *progreso* por fin. La *Filosofía de las ciencias* que representa el Positivismo, al descansar íntegramente sobre los hechos humanos, al no reconocer ninguna trascendencia, conduce al hombre a reverenciar la *Humanidad* como “el Gran Ser” (Comte), conduce al *culto positivo*, consistente en “honrar a la Humanidad”, al conjunto de hombres y mujeres que han contribuido al progreso natural de la civilización. *La religión y la moral* son para el positivismo obra humana y antropomórfica, realizadas mediante la *Filosofía positiva* en la evolución del mundo, de la vida y de la sociedad, siguiendo una ley natural del progreso, que en la marcha de la civilización nos lleva del período *fetichista* inicial —común a todos los pueblos— pasando por las *sociedades teocráticas* de la antigüedad y la *católico-feudal* de la Edad Media hasta llegar a la *sociedad sociocrática* de la Edad Moderna, donde se consolida el régimen científico-industrial, se alcanza una *política positiva* basada en la fraternidad, la *pacificación* y el *solidarismo*, y una *religión* y una *moral científica*, para desarrollar las cualidades sociales de la Familia, la Patria y la Humanidad. Es en su trabajo “*El espíritu positivo*” —incluido en los *Ensayos de Ética*— donde Ferreira elogia este aporte del Positivismo para el progreso de los pueblos, basado en sus creencias humanitarias, escuchemos a Ferreira: El Positivismo, “cree en la

familia, cuya morfología estudia y explica en su larga trayectoria: desde el régimen de la comunidad de los cuerpos y de los bienes, pasando por el matriarcado, patriarcado, endogamia, exogamia, poliandria y poligamia, hasta la *monogamia*, dignificadora del hombre y la mujer”.

“Afirma la *Patria*, como unidad de territorio, de alma, de historia, de dolores y glorias comunes”.

Consagra a la *Humanidad*, como coordinación de las patrias, el mayor organismo objetivo y subjetivo que se integra sobre el planeta, providencia terrestre, imperfecta y perfectible...”

Esta filosofía evolutiva, como la ciencia que la impulsa, es para Ferreira, la primera gran síntesis del *espíritu positivo* que “nació y creció con el hombre mismo, desde que éste buscó la causa de las cosas, construyendo su ciencia, su religión, su política, de acuerdo con las hipótesis sucesivas a que se prestaba su contacto con la realidad natural, social y moral”

La acción pública de Ferreira, su prédica educativa, su vida.

La vida de Ferreira fue testimonio de estos ideales positivistas y antes de considerar aquel aspecto de su concepción que representa la clave de bóveda de su filosofía científica, —me estoy refiriendo al problema *ético*— donde su influencia doctrinaria es original—quisiera muy rápidamente bosquejar las líneas más acusadas de su actuación pública, de su vida entregada a la educación, como testimonio altamente humanitario y patriótico. Sólo me permitiré algunos apuntes.

Nacido en el Departamento de Esquina (Corrientes) en 1863, allí realizó sus estudios primarios, como un alumno sobresaliente de su escuela. Prosiguió sus estudios secundarios en el Colegio Nacional y Escuela Normal anexa de Corrientes, que dirigía el destacado educador Santiago Fitz-Simon, como alumno becado para la carrera del Magisterio. Tanto era su capacidad, que llegó a actuar como alumno-maestro en el departamento de aplicación, para recibirse en 1879 como *Maestro* y *Bachiller*. De regreso en Esquina, realiza su primera fundación educacional, la escuela privada “Horacio Mann”, que evidencia ya su admiración por el educador norteamericano. En 1882, está en Buenos Aires, designado como profesor de la Escuela de Artes y Oficios, de San Martín. De allí pasa

a Mercedes (Pcia. de Bs. As.), donde participa como profesor y vicedirector, del esfuerzo pedagógico de Carlos Vergara realizado en la *Escuela Normal Mixta*. Los ideales tolstoianos y krausistas de Vergara, con su concepto de la autonomía, libertad y espontaneidad del educando, a pesar de ponerse en práctica con afán renovador, no tuvieron el efecto institucional esperado y Ferreira decidió retirarse, volver a Buenos Aires, donde actuó como secretario sub-inspector de enseñanza y como vicedirector del Colegio Nacional Central. Llamado por las exigencias educacionales de su ciudad natal, vuelve a Esquina, para fundar en 1888 la Escuela Normal Popular de Esquina, donde junto a Pedro Scalabrini, que fue Director de la misma, realizó un plan integral de educación de orientación positivista. Comprendía la educación física, industrial, literaria, estética, científica y moral, a través de un desarrollo cíclico que nos recuerda a Comenio: las 6 orientaciones educativas mencionadas se impartían desde el 1er. año escolar hasta el último, en grados de complejidad creciente.

Su actuación posterior en Buenos Aires lo llevó a recibirse de Abogado y doctorarse en Jurisprudencia en 1891. Por esa época se dio tiempo asimismo para participar con Pablo Pizzurno en la fundación de la Revista "La Nueva Escuela", que redactaron juntos desde 1892 a fin de difundir los nuevos principios de la pedagogía escolar. Con ese mismo espíritu colaboró activamente en la Revista "La educación", fundada en Buenos Aires por José Zubiaur, Carlos Vergara y Manuel Sárfeld Escobar, con indudable filiación kraus-positivista.

En 1894, Ferreira es nombrado Director General de Escuelas de la provincia de Corrientes e inicia entonces una obra de "proyecciones nacionales", como lo expresa claramente su excelente biógrafo *Angel Bassi*. Estimula la educación primaria, en la línea sarmientina, creando escuelas en Mercedes, Curuzú Cuatiá, Santa Lucía y Sauce, consolidando las de Goya y Esquina. Llama a educadores de prestigio para acompañarlo en su gestión, entre los que merecen citarse, el ya mencionado Fitz-Simon y Maximio Victoria, que engrosa las filas del positivismo con su formación paranaense. Ferreira renueva los planes de estudio, los métodos y procedimientos de enseñanza, basándose en la acción y pensamiento educativos de la Escuela Normal de Paraná, dirigida entonces por Alejandro Carbó, el más alto valor institucional argentino que diera esa Escuela.

El espíritu experimental y científico preside la enseñanza en Esquina, con un profundo respeto por la libertad y autonomía del educando. Ferreira funda el Museo de la Provincia, poniéndolo bajo la dirección de Scalabrini, crea la Escuela Industrial de Corrientes e intensifica el estudio del medio natural y social en el que el educando se forma. Finalmente, consigue la estabilidad del magisterio, mantenida por su sucesor y transforma el trabajo manual educativo, en trabajo industrial continuando en ese aspecto la valiosa obra de Pablo Pizzurno en Buenos Aires.

Como corolario a tan deslumbrante momento pedagógico, funda en febrero de 1895, en Corrientes, la Revista "*La Escuela Positivista*" que dirige teniendo como secretario a Manuel Bermúdez. Hemos destacado ya el valor de este esfuerzo inicial de difusión de las ideas positivistas, pero conviene recordar que en ella publicó Ferreira muchos de sus artículos más importantes de esa época y el programa del nuevo ideario. La Revista se abrió a las más diversas direcciones ideológicas. "Todos los colaboradores del progreso humano --decía Ferreira-- podrán disponer de sus columnas, llámense teólogos, metafísicos o positivistas: la *escuela positiva* recibe todo lo que es un producto humano". El principio de la Humanidad estaba asegurado. Sería largo y tedioso continuar la enumeración de los cargos oficiales que ocupó la relevante personalidad del Dr. Ferreira, porque otros aspectos doctrinarios requieren nuestra atención. No obstante y antes de considerarlos, digamos que Ferreira fue Ministro de Hacienda en la provincia de Corrientes, desde 1898, durante el gobierno de Don Valentín Virasoro, Inspector General de Segunda Enseñanza, en 1899 --con el Ministro Osvaldo Magnasco-- Presidente del Congreso Pedagógico Popular celebrado en Buenos Aires, 1889. Diputado Nacional, fundador de la Asociación Nacional del Profesorado, Vicepresidente del Consejo Escolar de la Capital Federal, del Consejo Nacional de Educación, y destacado catedrático de Ciencias de la Educación en la Universidad Nacional de La Plata. Una larga y provechosa labor, de trabajo constante e inspirado, de ineludible fe pedagógica, que no estaría completa sin mencionar la fundación del *Comité Positivista Argentino*, en 1924 presidido por él, con la vicepresidencia del Dr. Leopoldo Herrera y teniendo como Secretario a Maximio Victoria. Su órgano de expresión, bajo el lema "Orden y Progreso" fue, tal vez, la creación más perdurable de todo el movimiento, la Revista "El positivismo" dirigida por Víctor Mercante, que comienza a publicarse en 1925 y se va extinguiendo tras

la muerte de su fundador ocurrida en 1938. Estaba en conexión con la *Revue Positiviste Internationale*, que publicaba la *Socité Positiviste Internationale*, con sede en París y presidida por Emilio Corrá, cuyos escritos recogió asiduamente "el Positivismo". En su "Síntesis de la filosofía positiva", Corrá delimitó perfectamente los caracteres específicos del positivismo:

1) Descansa sobre los hechos, las realidades configuran su base objetiva.

2) Reúne en haces las *nociones generales*, conquistadas por cada una de las especialidades científicas, transformándose en síntesis de ciencias.

3) Es una "filosofía natural", demostrable y demostrada, hecha evidente para todos, porque se apoya en el sentido común.

4) Responde a una "ley general que gobierna la evolución mental y moral de la Humanidad".

5) Se ve enriquecida por la prehistoria, la protohistoria y la historia antigua. Su expansión se inicia en Grecia (s. VII a J. C.). Su consolidación se realiza en el siglo XVII.

6) Se beneficia con el progreso de: la física . S. XVII
la química S. XVIII

la biología, sociología y moral cient. Sgs. XIX y XX

7) Todos los fenómenos están subordinados a *leyes naturales*.

La ética positiva de Alfredo Ferreira

Los principios anteriormente expuestos son reiterados en forma coincidente por Alfredo Ferreira, en diversos artículos publicados en la Revista "El Positivismo". La única obra orgánica que nos queda de Ferreira fue publicada algunos años después de su muerte —sus *Ensayos de Ética, de 1944*— y reúne diversos trabajos, a través de los cuales, puede reconocerse su aporte personal doctrinario. Entre los que más nos muestran sus conclusiones positivistas podemos señalar: *Bases científicas de la educación moral*, *El espíritu positivo*, *La concepción Religiosa de Comte y Spencer*, y *Ética sociológica*.

Como el tema ético sería el resultado final de la Filosofía social, positiva con él se define también el positivismo argentino en Alfredo Ferreira. El naturalismo, materialismo y evolucionismo, funda-

ban el determinismo biológico y social, para el ser individual y colectivo del hombre. Nada podía sustraerse al dominio de las leyes naturales y al mecanicismo de la materia. Pero las conclusiones de la vida social humana, derivan el problema a la *conducta moral* del hombre. ¿Está también en ella sometido al determinismo? ¿Tiene algún valor o vigencia la libertad de la voluntad, tan sabiamente defendida por Kant como condición de lo humano mismo? ¿O el libre arbitrio es una ilusión creada imaginariamente para zafarnos de la tiranía de nuestros impulsos, de nuestra herencia, de nuestro condicionamiento ambiental-natural y social? En una palabra, ¿nuestra voluntad humana, es auténticamente libre y autónoma, o está condenada y encarcelada por lo que tenemos de animal, por el determinismo biológico y físico-químico? Dejemos a Ferreira mismo que conteste nuestras preguntas, con inequívoca certeza: “El contenido moral de la vida, desde la cuna al sepulcro, está formado de deseos y esperanzas, esfuerzos y lucha, desilusiones, sufrimientos, triunfos. Es posible explicar estos fenómenos por *análisis físico-químicos*. El abismo es aún grande, pero se lo salvará un día...

Una explicación físico-química de nuestra vida interior no está fuera de los límites de las posibilidades, pues ya ahora mismo se refieren a la física y a la química, manifestaciones simples del instinto y de la voluntad de los animales...” Ambas citas, que podrían ser suficientes para develar nuestros interrogantes, corresponden al trabajo “*Una ética química*”, donde analiza la concepción biológica de Jacques Loeb, y que se incluye en sus *Ensayos*.

Ferreira piensa que las mismas *leyes naturales* rigen los fenómenos físico-químicos, biológicos, sociales y morales, que el *determinismo* material recorre toda la creación, que los hechos morales y sociales están basados en los biológicos y éstos en los físico-químicos. En consecuencia, el determinismo de la voluntad humana, es también de origen social y en última instancia, físico-químico.

Nos apunta en el mismo trabajo: “La *realidad moral* es muy compleja desde que constituye un fragmento, pero quintaesenciado de la *realidad orgánica* y universal. No sólo la integran fenómenos químicos, sino físicos, cósmicos y sobre todo, sociales. La *moral humana* surge de inmediato de la sociabilidad humana”. Y aquí valdría agregar, sí, pero de una sociabilidad humana determinada por procesos materiales físico-químicos. Ferreira piensa que sólo la ciencia social puede fundamentar una *moral científica*, porque “la tendencia social del hombre, crece, a medida que sus tendencias per-

sonales disminuyen, lenta pero gradualmente...". De acuerdo a este plánteo, no hay valores morales permanentes, porque la conciencia moral está condicionada natural y socialmente, y evoluciona como la sociedad, confirmando de una manera radical la célebre afirmación positivista de que "todo es relativo" y que "lo único absoluto es lo relativo", afirmación contradictoria, por estar formulada con carácter absoluto. El *relativismo* no se puede defender teóricamente.

En conclusión y tal como lo expresa Ferreira en sus Bases científicas de la educación moral: "...nuestro *sentido moral* o *conciencia* es una facultad nacida y crecida al calor de los sentimientos sociales, fuertemente guiado por la aprobación de nuestros semejantes, la censura, el castigo, la extensión de nuestras simpatías por el hábito, el ejemplo y la imitación, la experiencia, el interés personal, la razón, el desenvolvimiento físico, los ideales estéticos, científicos y filosóficos. Es *relativa* y *modificable*, biológica y socialmente".

La base orgánica de la concepción positivista, el *biologismo* que la condiciona y sostiene, revive para el hombre el esquema de la conducta animal y establece analogías estructurales, porque "la sociedad es un *organismo* más articulado y poderoso que el del hombre" (trab. cit.). Ferreira sigue aquí los pasos de Comte y Spencer, ya que la sociedad estática y dinámica, repite al organismo animal, anatómica y fisiológicamente considerado. El determinismo individual, converge con el determinismo histórico-social. La *Ética* sociológica de Ferreira es biologista, naturalista y materialista, incapaz de trascender al hombre como animal. Es la ética positivista del siglo XIX. Digamos finalmente que, más allá de los anacronismos históricos doctrinarios, de las oposiciones irreductibles entre teorías antinómicas, más allá de las insuficiencias inherentes a toda interpretación de lo real, el Positivismo, proporciona caracteres permanentes que trascienden su propio ideal relativista; desde la *ciencia* que respeta las leyes naturales del mundo, de la vida y la sociedad, hasta la *filosofía* que coordina la totalidad del saber humano y abarca el conjunto de los fenómenos— el macrocosmos y el microcosmos, *afirma el hombre* sus cualidades y su deber social, una "moral positiva" que desarrolla los sentimientos familiares, ciudadanos, patrióticos y humanitarios, para proyectarlos en el "culto positivo", la "religión de la humanidad", en la cual confluyen los hombres y mujeres que han contribuido a consolidar el progreso físico, intelectual y moral de la Humanidad.